EL POTENCIAL DE UNA IDEA

Derecha e izquierda en clave antropológica

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana *

Se sentó a la diestra de la Grandeza en las alturas
Hebreos 1,1.

La fecha del 28 de agosto de 1789 da fe del acta de nacimiento del principio diárquico derecha/izquierda como ideología política. En los Estados Generales se colocaban ya a la derecha del trono regio, más elevado, los órdenes privilegiados; a la izquierda, los del tercer estado. Pero fue en Versalles, en la fecha veraniega citada, cuando los diputados de la Constituyente se separaron en dos grupos con el objeto de facilitar el recuento de los votos: los partidarios del derecho de veto absoluto regio se colocaron a la derecha; los incondicionales de un régimen constitucional, a la izquierda de la mesa presidencial. Los del lado derecho querían mantener un orden político con sus privilegios y jerarquía, los del lado izquierdo pretendían no sólo suplantarlo, sino destruirlo. Por otra parte, y durante un breve período, la Convención reemplazó la nueva geografía lateral por la anterior topografía vertical, aunque vehiculando diferente mensaje: los partidarios de Robespierre se sentaron sobre las gradas superiores, dando así origen a la oposición binaria de la *montaña* y de la *llanura*. Desde el principio del siglo XIX la bipartición política izquierda/derecha se generalizó en Europa, y aunque la evolución de los credos políticos respectivos ha sido constante, quizá podría simplificarse esta

* Sesión del día 20 de abril de 1999.

narrativa ideológica dual asignando a la derecha la libertad como valor nuclear y primario, y a la izquierda la igualdad como emblema preponderante.

Pero fijémonos más de cerca en la gramática cultural que he estado elaborando en esta breve presentación: las cosas, los hechos y objetos, el solio regio, las gradas, las manos y el cuerpo han sido transformados en algo otro, concretamente en ideología y valor. La cosa material me ha llevado a la cualidad, el objeto a su propiedad mental, la substancia al atributo espiritual, lo que quiere decir que he manipulado dos categorías ontológicas radical y fundamentalmente distintas. Más todavía: de la especifidad material y concreta de un sillón, de una mano y de una escalera me he remontado a la universalidad de un esquema formal binario, inagotable manantial teórico, como voy a indicar. He convertido a la política, en la breve reseña anterior, en un espacio simbólico conformado por tres elementales principios lógico-empíricos: la centralidad –centro/periferia–, la verticalidad –arriba/abajo– y la lateralidad –izquierda/derecha. Toda la iconología regia monárquica patentiza la vigencia de los dos primeros ejes con su mensaje de superioridad/inferioridad, pero el simbolismo lateral, al dicotomizar izquierda y derecha, dio un giro radical a la manera de concebir la nueva división política. La lateralidad pone a todos al mismo nivel, subraya la semejanza y la coincidencia en pretensión, significa la paridad de grupos, simboliza la igualdad de alternativas políticas. Izquierda y derecha pueden coexistir en el foro político, pueden competir legítimamente por votos y democráticamente por el poder.

I

Esta configuración empírico-simbólica de la política ambilateral no es sólo una muy reciente objetivación empírica, sino también una fascinante y maravillosa simplificación contextual de primigenias experiencias elementales y de operadores lógicos generales que han venido actuando, desde milenios atrás, a lo largo del tiempo y a lo ancho del espacio, en virtualmente todas las culturas conocidas, según sugiere la cadena de testimonios lingüístico-etnográficos que, por brevedad, presento, en forma incompleta y fragmentaria, a continuación.

Los valores de la radical **reg–* en sánscrito, iranio, avéstico, armenio, irlandés antiguo, galés y alto alemán son mover en línea recta, derechamente, dirigir, aderezar, enderezar, poner derecho; significa también correcto, orden, derecho y justicia. Y, alternativamente, rey; se opone a lo que es perverso [1]. En árabe las con-

[1] E. A. Roberts y B. Pastor, *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Alianza, 1996, págs. 141-142, y también las págs. 100-101 y 131 de E. Beneviste, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes* II, Minuit, 1969.

notaciones son parecidas: derecha va con habilidad, destreza y moralidad, con lo correcto jurídicamente y con lo bien hecho. En el Nuevo Testamento y en la iconografía románico-gótica los buenos vienen siempre representados a la derecha del todopoderoso juez y los malvados a su izquierda; los primeros van al cielo; los segundos al fuego del infierno. En la teología coránica reaparece idéntica energía semántico-asociativa. *Rectitude, droit, diritto, direito, recht* y *derecho* son unidades valorativas occidentales que forman parte del mismo universo moral en contraposición a *sinister, gauche, linkish, maladroit* y *siniestro,* que, a su vez, conforman una ecuación negativo-transitiva, conjunto global bimembre que estructura una clasificación polar simbólica, con implicaciones, nótese, tanto perceptuales como cognitivas.

Más concretamente: Alonso de Palencia nos dice en pleno siglo XV que [2] *dextrum* equivale a próspero y bueno, mientras que *sinister* significa *contrario. Et damnoso y cruel. Sinistra se dize como sin diestra o porque dexa lo que se deua fazer.* Se trata, por tanto, de dos términos privilegiados, ya que ambos vienen semánticamente marcados por un índice moral: el de bondad para el primero y el de maldad para el segundo. *A las derechas* –corrobora el *Diccionario de Autoridades*– *...explica que alguna persona procede rectamente... Ser hombre...à las derechas se dice del que es honrado, trata verdad, cumple sus palabras, y obra en todo conforme a razón... Izquierdo. Vale... lo mismo que torcido, ò no recto, physica o moralmente...Izquierdear es Bastardear ò torcerse, physica ò moralmente.* En resumen: si buceamos en la filogénesis terminológica nos encontramos, desde siempre, con una estructura bipolar que semantiza positivamente a derecha como el icono de lo natural y moral, de lo justo, de la verdad y del derecho, de lo que se debe hacer, y condena a izquierda al correspondiente contraste negativo.

Derecto, documentado ya en el siglo XI con el significado de dirigir y de recto *(derecho* aparece en el siglo XII) es el origen de las formas romances *drectus, drecho* en partes de Aragón, *drech* en catalán y *dereito* en gallego. La asociación del concepto con justicia se registra ya en el año 1010; *deritura* (localizada hacia 950 en las *Glosas Emilianenses)* y *drechero* equivaliendo a recto, justo y verdadero aparecen en los escritos de Berceo [3]. Izquierdo, *exquerdo* (Toledo, 1117), *ezquerdo* (Daroca, 1142), *ezquerra* (Aragón, 1374) como el vasco *ezker (r)* parecen proceder de una lengua prerromana hispano-pirenaica, posiblemente el ibero. Castilla, por su parte, documenta y usa durante toda la Edad Media *siniestro/a* hasta que Nebrija se decide [4] por izquierdo/a en el siglo XVI. La tardía aparición castellana de

---

[2] *Universal vocabulario* de 1490.

[3] J. COROMINAS y J. A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico,* Gredos, varias ediciones.

[4] J. COROMINAS, *obra citada.*

izquierdo/a apunta a la interdicción o tabú que pesaba sobre su uso debido a su significado de mal agüero, de fatídico y aciago; en todo caso, el conjunto terminológico izquierdo/a, siniestro/a viene desde antiguo estigmatizado por la asociación sémica constante con peligroso, incierto, inquietante, deforme y defectuoso, común propiedad regida no por una escrupulosa identidad semántica sino por *le ton de l'emsemble,* esto es, por la afinidad interna que adquiere sutileza connotativa diferencial en cada caso concreto. Izquierda sigue connotando en vasco moderno torcido y contrahecho. Frente a la simetría absoluta de las relaciones lógico-matemáticas, los universos culturales erigen y prodigan la polaridad simbólica. ¿Es este último un concepto clave? ¿Tiene estructura binaria el principio de todo pensamiento? ¿Tiene la dualidad, al menos, un *status* existencial?

II

La lógica de la unidad plural a la que acabo de aludir nos confina, en principio, en un universo estrictamente cultural, esto es, en un ámbito con autonomía lógica propia, lógica fractual, analógica y transcendente. Una rápida excursión etnográfica por tiempos idos y postmodernos, y por geografías exóticas y por las nuestras, nos descubrirá la fenomenología simbólico-moral de izquierda/derecha en operación, pero siempre en el interior de dicotomías fundamentales mucho más englobantes.

Todo estudioso del pensamiento filosófico antiguo, ya sea griego o hindú, chino o zoroástrico, judío o egipcio, mitológico o popular, todo aquel interesado en la investigación de las categorías lingüísticas de todas las lenguas, todo lector de monografías antropológicas sobre sociedades desaparecidas y existentes, no puede menos de sorprenderse de la extraordinaria y ubicua frecuencia con que se recurre, por una parte, a parejas de opuestos o relaciones contrastantes de todas clases, como, por ejemplo, ser/no ser, uno/muchos, centro/periferia, arriba/abajo, etc., que conforman un sistema de oposiciones temáticas y, por otra, a oposiciones binarias analógicas del tipo a:b::c:d: para explicar elaboraciones mentales cosmológicas, de origen o etiológicas, para esclarecer relaciones sociales estructurales o redescribir fenómenos naturales, y también, y no menos importante, para interpretar arcanas ideaciones culturales. En el primer caso los datos básicos con que nos encontramos son estructuras elementales –fundamentadas en oposiciones término a término– productoras de significado. Un término viene interpretado en virtud de su adscripción en complementariedad a uno u otro lado del par de principios opuestos. En el segundo, la explicación de un término o fenómeno procede del análisis inmanente al funcionamiento interno de asociaciones, compatibilidades y analogías locales. Pero, nótese, que en todos los casos los modos de oposición, las formulaciones de similaridad, las líneas de argumento y los contenidos concretos son

inseparables de, y obedecen a, la lógica de la cualidad cultural que, por otra parte, nunca actúa en el vacío.

La frecuencia, variedad y campos en los que encontramos esquemas antitéticos de clasificación es de todo punto extraordinaria. Las parejas de principios contrastantes investigados remontan, al menos, a los pitagóricos con su conocida ordenación cósmica en limitado/ilimitado, par/impar, uno/pluralidad, derecha/izquierda, macho/hembra, derecho/torcido, luz/obscuridad, quietud/movimiento, bien/mal, etc. Pueblos y culturas anteriores y posteriores, carentes de escritura y sin ningún contacto con el pensamiento griego –o chino, o egipcio, etc.–, han organizado su cosmos de modo parecido, por narrativas simbólicas binarias y, sorprendentemente, con similar contenido objetivo-alegórico. Los amboyna –Indonesia–, que dividen su poblado en dos mitades, han ideado una clasificación cosmológica con estos ejes polares: derecha/izquierda, hombre/mujer, cielo/tierra, arriba/abajo, interior/exterior, delante/detrás, etc., serie de equivalencias y contrastes esquemáticos en la que las lexias derecha, hombre, cielo, delante, arriba, etc., adquieren el carácter de *axiomata,* esto es, de primacía, valor supremo y dignidad metafísica. Los semas opuestos en esa bimembre estructura –izquierda, mujer, debajo, de-trás, etc.– palidecen en el vocabulario local debido a su intencional desemantización y minusvaloración.

Los meru de Kenia remachan, como otros muchos pueblos, la dicotomización *standard:* mujer-niño/hombre, obscuridad/luz, inferior/superior, noche/día, joven/viejo, colectores de miel/agricultores, etc.; pero fijémonos por un momento concretamente en los nyoro, etnia del occidente de Uganda y en los temne de Sierra Leona, pueblos africanos que, como todos los demás, incluidos nosotros, escenifican de manera ejemplar las rúbricas antitéticas en parte citadas. El hombre nyoro pertenece a la derecha, la mujer va con la izquierda; el hombre es enterrado yaciendo sobre su lado derecho, la mujer sobre el izquierdo. La derecha está asociada con la salud, la fertilidad, el cielo y lo blanco; sus semas opuestos acompañan a la izquierda. El curandero toca con su varita el lado izquierdo del enfermo y conjura: «sal enfermedad»; toca después el lado derecho del paciente e implora: «ven vida, ven salud, riqueza y niños». Los nyoro han ideado figurativamente un *corpus* de pensamiento, imaginación y actividad –que omito– que codifica su universo de valores expresado por el simbolismo lateral.

El esquema de oposiciones cualitativas de los temne reproduce sintéticamente las representaciones colectivas polares que guían aspectos de la actividad cotidiana. La mano derecha, que es limpia y pura, viene mentalmente conectada con la paz y la armonía social; la izquierda, que es sucia, viene ennegrecida con sus correspondientes contrarios. En las ofrendas a los antepasados tocan lo sacrificado sólo con la mano derecha; juran tocando con esta mano el instrumento lla-

mado *anassa* que para este fin tienen. Dan y reciben regalos sólo con la mano derecha; si al comenzar un viaje tropiezan con el pie derecho, es señal de buen agüero, malo si con el izquierdo. La mano derecha sirve a la mitad superior del cuerpo; sólo la derecha puede llevar alimento a la boca y sólo ella la puede limpiar. La mano derecha, fuerte y poderosa, es de Dios; la izquierda, por el contrario, sirve a la parte inferior del cuerpo, a su higiene y limpieza. Es más, en el juego sexual sólo la mano izquierda masculina, nunca la derecha, puede tocar los genitales femeninos. Las mujeres no pueden preparar la comida con la mano izquierda, y los niños no sólo son castigados por el mal uso de la derecha, sino que la atan, como también lo hacen con los niños nuer, si persisten en el mal uso. La mano izquierda es conceptuada, además, en conexión con la brujería y el Mal [5].

III

Esta exploración etnográfica podría continuarse describiendo los planteamientos binarios simbólicos de virtualmente todos los pueblos primitivos que parcialmente replican el mismo canon; las formulaciones polares zoroástricas Ormuzd/Ahriman; el principio diárquico védico Mitra/Varuna; la compleja álgebra de contrastes Ying/Yang que enfrenta –como los anteriores– autoridad civil/autoridad religiosa, hombre/mujer, derecha/izquierda, centro/periferia; los tratados hipocráticos que remachan que el testículo derecho es responsable de los niños y el izquierdo de las niñas, etc., ensanchamiento etnográfico que convertiría al ensayo en una enciclopedia de dicotómicas diferencias cualitativas. Pero quiero, al menos, hacer notar, primero, la tendencia virtualmente universal a ordenar fenómenos complejos en simples clasificaciones polares y, segundo, que el simbolismo lateral derecha/izquierda parece corresponder a un modo básico conceptual panhumano. Efectivamente también entre nosotros sigue vigente el cálculo de estructuras dualísticas regido por idénticas relaciones formales antitéticas como, por ejemplo, derecha/izquierda, centro/periferia, arriba/abajo, etc. Veámoslo en brevedad.

En mis andanzas por comarcas españolas he recogido numerosas notas sobre cómo las aldeas están a veces divididas en dos núcleos o grupos antagónicos que, ceremonial y realmente, expresan su rivalidad. Estas mitades en oposición

---

[5] La bibliografía etnográfico-teórica es amplia: R. Blanché, *Structures intellectuelles: essai sur l'organization systématique des concepts*, París, Vrin, 1966. Sir E. E. Evans-Pritchard, *Nuer Religion*, en O.U.P., 1956; G. Dumézil, *Mitra-Varuna: essai sur deux représentations indo-européennes de la souveraineté*, Gallimard varias ediciones. M. Granet, *La pensée chinoise*, París, 1934. G. E. R. Lloyd, *Polarity & Analogy: Two Types of Argumentation in Early Greek Thought*, C.U.P., 1966. R. Needham (ed.), *Right & Left, Essays on Dual Symbolic Classification*, The University of Chicago Press, 1973, con bibliografía. De todos ellos me he informado.

parten con frecuencia de la sobredeterminación simbólica de una base morfológica: los dos núcleos están separados por un estrecho camino, por una simple senda o por un minúsculo riachuelo, se encuentran a la derecha o a la izquierda de la línea del ferrocarril, a uno o a otro lado de un puente, o en la parte alta o baja sobre la falda suavemente inclinada de una colina, etc. De Torrecilla en Cameros dicen sus mismos vecinos:

dos barrios
dos puentes
dos modos de gentes.

En la ruralía gallega una «persoa dereita» o «dreita» es aquella de la que se predica rectitud, bondad y legalidad. Y estos atributos son los más encomiásticos que se pueden aplicar a una persona. *A peregrina* –una aparición nocturna animal que presagia muerte– anda siempre por la mano izquierda. Cuando uno se encuentra de noche a la Santa Compaña –procesión de muertos que sale a las doce de la noche del cementerio parroquial– tiene que esforzarse en llevarla a la izquierda que es el lado de la muerte y de los muertos. Al sepultar a un vecino cada uno de los presentes arroja, en algunas zonas, un puñado de tierra sobre el féretro ya en la sepultura. Si se hiciera con la mano izquierda, el difunto caminaría el camino del infierno. Brujas y meigas se persignan con la mano izquierda; ésta es «a mao do demo». Con la mano derecha trabaja Dios, con la izquierda «traballa o demo». El lado derecho es de Dios, el izquierdo es «do enemigo», del demonio. Cuando el lobo come a una víctima humana respeta siempre alguna parte de su lado derecho porque es de Dios. Todas las cosas de Dios se hacen con la «mao dreita». De los zurdos se sospecha que tienen «pauto co demo». Cuando en sus actuaciones rituales manipula una mujer objetos litúrgicos tiene que cubrirse con un paño su mano derecha porque su femineidad veda el contacto directo con lo bendecido; la izquierda ni siquiera con el lienzo ceremonial puede tocar objeto sagrado alguno. Otra forma de superar su condición consiste en cambiar su nombre por el de María antes de iniciar su función ceremonial.

Ese mismo principio estructural cultural está a la base del hecho de que en casi ciento cincuenta años no haya sido elegida una hembra para sentarse con derecho propio a esta mesa. Nuestro presidente ocupa el centro y se sienta en un sillón de dimensiones mayores, más elevado en su factura y mejor decorado, frente a un crucifijo y otros emblemas plateados. Es el único que tiene un timbre a su disposición. Él señorea la palabra, preside y revaloriza el *status* del que se sienta a su derecha. El estrado –el espacio más noble de la casa– viene *centrado* por el retrato de la reina fundadora, está *delante* y al *frente* de la sala, *más elevado* y *separado* del público, *excluido* del espacio *princeps* por una barandilla, todo antropo-

lógicamente muy significativo para indicar y subrayar quién es quién, dónde y cuándo. La identidad del presidente se define por su relación con el otro, con el cuerpo académico; esta confrontación es su condición constitutiva. La dualidad tiene primacía ontológica. Una bandera nacional ondea a la puerta, en el centro del edificio, en las tardes de sesión, y una alfombra cubre la entrada principal, lo que recuerda, homológicamente, al extendido tabú que recae sobre personas importantes o nobles, que les prohíbe tocar directamente el suelo en momentos rituales. Escenificamos, sin darnos cuenta, la primitiva clasificación cielo/tierra, con sus valores arcaicos, a la puerta de la Academia. Y es obvio que entre nosotros la derecha va con las ceremonias públicas, con la etiqueta y formalidad de comportamiento, con los juramentos, promesas, pactos, saludos, contratos, con toda expresión de respeto y amistad, en una palabra.

La Academia es un bosque de iconos, signos y símbolos; sometemos a las manos, centros, espacios, objetos, elevaciones y a nuestro propio cuerpo a una semiótica direccional, intersubjetiva y valorativa. El sillón, el estrado, el color y la alfombra presentan a nuestra conciencia lo que precisamente ellos no son; en cuanto signos, pueden referirse a fenómenos naturales, relaciones jerárquicas sociales y universos culturales transcendentes. Hay una disyunción entre el signo y su significado porque aquél nos transporta a un universo moral, lo que hace que detengamos nuestra mirada no en las cosas, sino en los mensajes que vehiculan. Los signos, en cuanto tales, determinan el significado de las cosas, y no al revés. Más todavía: la sensación, la percepción y la experiencia dependen, en parte, de los signos, de las relaciones entre signos. La mano derecha es algo más, mucho más que la extremidad del brazo humano.

IV

¿Qué es realmente la derecha? ¿Y la izquierda? ¿Y el centro y la periferia? ¿Y la verticalidad? Desde luego, mucho más que la apropiación política reciente, contingente, arbitraria y accidental. Con el simbolismo dicotómico lateral navegamos por aguas mucho más profundas y misteriosas. Desde el Paleolítico hasta el postmodernismo las clasificaciones históricas en períodos, estadios de civilización, categorías culturales y vocabularios evolutivos, productivos, tecnológicos, etc., han ido *in crescendo*. Pero fueron Durkheim y Mauss los que iniciaron, con la publicación en 1903 del artículo «De quelques formes primitives de classification: contribution a l'étude des représentations collectives» [6], una investigación original, fascinante y de amplitud teórica insospechada. Hasta los pueblos más remotos y aislados, argu-

[6] *Année Sociologique*, vol. VI (1901-1902), París, 1903, págs. 1-72.

mentan en su análisis centenario, clasifican siguiendo generales principios formales, implícitos o explícitos. Todos organizan su cosmos, o parte del mismo, en modos polares antitéticos las más de las veces[7], todos se rigen por *standards* de evaluación y juicio, todos tienen prioridades, muestran preferencias, discriminan, separan y jerarquizan, todos operan con esquemas sígnicos, con categorías pragmáticas, sociales, simbólicas y morales; en una palabra, todos clasifican, todos cuentan en su elenco conceptual con modos de oposición binaria contrastante que, en oscilación dialéctica, estructuran el mundo en el que viven y el universo en que piensan.

No obstante, fue R. Hertz el que unos años más tarde, en 1909, centró el problema del simbolismo lateral con su excepcional y brillante artículo «La Préeminence de la main droite: étude sur la polarité religieuse»[8]. En el título aparece ya una particularidad etnográfica binaria por él privilegiada: la oposición entre sagrado y profano. Hertz comienza así el ensayo: «¿Qué semejanza más perfecta que la que hay entre nuestras dos manos? Y sin embargo qué sorprendente diferencia entre ellas. A la derecha van los honores, las designaciones elogiosas, las prerrogativas: actúa, ordena y *coge*. La mano izquierda, por el contrario, es despreciada y queda reducida al rol de una auxiliar humilde; por sí misma nada puede hacer; ayuda, soporta, *sostiene*... ¿Cuáles son los títulos de nobleza de la mano derecha? ¿De dónde viene la servidumbre de la izquierda?»

En las páginas que siguen Hertz acumula etnografía y analiza el fenómeno, muy común, de la creencia en la superioridad de la mano derecha como opuesta a la inferior izquierda. Paso a paso, y cultura a cultura, va mostrando la serie de valores positivos e ideales normalmente asociados con la derecha y también los negativos que acompañan a la izquierda. No sólo las creencias sino también las prácticas indican que la derecha es pensada como esencialmente diferente y superior a la izquierda; la primera es buena, honorable, pura y bendita; la segunda es mala, impura, maldita, etc.; a aquélla acompañan la salud, la fuerza, la creatividad,

---

[7] Hay, desde luego formulaciones mentales trimembres, divisiones en tetragramas, hexagramas, etc.; no obstante, los esquemas bipolares parecen ser culturalmente ubicuos. El dualismo conceptual de opuestos puede coexistir con otros paradigmas y con esquematismos abstractos que obedecen a ejes de realismo ideal y *ethos* moral no dualistas; véanse, por ejemplo, las páginas 32-33 y 39 de V. FRITSCH, *Left & Right in Science and Life* (original en alemán, 1964), Londres, 1968. Hay que tener, además, en cuenta las oscilaciones complementarias hacia la otra mitad polar, los intercambios semánticos y apropiaciones parciales de valores opuestos. La tercera alternativa de A. GIDDENS en *Beyond Left & Right* puede valer de ejemplo de transferencias de uno a otro dominio.

[8] *Revue Philosophique*, 68 (1909), págs. 553-580. Al año siguiente apareció *Les fonctions mentales dans les societés inferieures;* en 1922, *La mentalité primitive*, y en 1927, *L'Ame primitive*, todos de L. LÉVY-BRUHL, que contienen penetrantes aportaciones sobre dos formas metodológicas de explicación: la polaridad y la analogía.

la virilidad, la luz, la vida, lo justo, la rectitud, la destreza, el centro, la altura, la verdad, la belleza y la virtud; cortejan a la izquierda sus correspondientes opuestos como son la miseria, la obscuridad, la noche, la muerte, la feminidad, la brujería, el demonio y la maldad. Hasta los santos medievales –según la leyenda recogida por Hertz– rechazaban en su cuna el pecho izquierdo de la madre. La izquierda viene culturalmente marcada por intensificadores monocromos negativos, generalizantes, por prohibiciones y tabús. Es precisamente en éstos donde fundamenta Hertz la explicación de las formulaciones polares simbólicas. Veámoslo.

La preeminencia de la derecha, nos dice, en el pensamiento y en la acción tiene un carácter obligatorio, no opcional, garantizado públicamente por las sanciones que su incumplimiento lleva consigo; recordemos cómo pueblos africanos atan el brazo izquierdo de los pequeños y cómo entre nosotros se ha forzado a los niños zurdos a emplear la derecha. Estamos, por tanto, ante un imperativo de naturaleza moral, ante una forma mística, en el universo de la emoción y de la creencia religiosa. La etnografía gallega aportada –que Hertz, obviamente, no conocía– corrobora explícitamente esta ecuación: la mano derecha es, simplemente, sagrada. La oposición derecha/izquierda, lo mismo que las antagónicas estructuras duales luz/obscuridad, día/noche, cielo/tierra, hombre/mujer, entre otras, conforma un sistema unitario de antítesis fundamentales semantizado y regido por el arquetipo primordial sagrado/profano. Bajo esta perspectiva, el proceso dialéctico binario es un símbolo o, si se prefiere, una manifestación concreta de la ubicua antítesis religiosa puro/impuro, bendito/maldito, sagrado y profano en una palabra. Derecha e izquierda son, en opinión de Hertz y de la escuela antropológica francesa –Durkheim, Mauss, Hubert, Bleuchat– de principios de siglo, vehículos que condensan, traducen e interpretan conceptos religiosos abstractos, conceptos que el grupo considera importantes y que difícilmente pueden expresarse de manera directa. El conjunto de categorías segmentarias –día/noche, hombre/mujer, etc.– no son sino estructuras analógicas de repetición en las que estas lexias se enfrentan entre sí como lo sagrado a lo profano. Izquierda/derecha es un predominante modo de expresión alegórico-simbólica regido por una imaginativa lógica cultural. Todas las universales distinciones binarias descansan, quiere Hertz, en antítesis religiosas primordiales. Aunque las figuras duales son más híbridas e inadecuadas de lo que él a veces supone, su pensamiento es, desde luego, mucho más complejo y fecundo de lo aquí indicado; descubrió vatos horizontes originales que, con nuevos enfoques, se siguen investigando hoy en profundidad. Y a esto paso brevemente a continuación[9].

---

[9] Ha sido R. Needham el que con mayor perspicacia e intensidad ha abordado esta dimensión. Algunas de sus ideas reverberan en este ensayo. Véanse: *Circunstantial Deliveries,* University of

V

La ulterior investigación del problema planteado por el grupo francés, hace casi un siglo, es tan fascinante como intrincada. Hertz aludió brevemente a él al conectar la preponderancia de la mano derecha al hemisferio cerebral izquierdo, pero su acercamiento al problema era etnográfico, no morfológico, y su punto de vista cultural, no anatómico. No obstante, el interrogante conjura veladamente a la imaginación casi en cada página de su artículo. Lo mismo sucede con el ensayo arquetipo de Durkheim y Mauss antes citado. Por otra parte, los tres asumen que para comprender un hecho, creencia o comportamiento, su *forma cultural* tiene que alcanzar un cierto grado de generalidad que unos pocos casos no pueden aportar. Es necesaria una visión panóptica, comprehensiva, universal, lo que requiere una intensiva exploración etnográfica para trazar la topografía del fenómeno, en tanto en cuanto es posible, a escala humana. Pero la caza cobrada en el experimento es de piezas substantivas, concretas, con singularidad semántica y de valor desigual; pertenece a sistemas de significación con articulación heterogénea. Son partes de todos culturalmente diferentes. Tenemos que limpiarlas, por abstracción, de significación contingente e histórica y aliviarlas del lastre local hasta descubrir, por yuxtaposición analítica en profundidad, similaridades funcionales, analogías polithéticas, finalidades comunes, unidades fundamentales de significado si éste es el caso. Durkheim y Mauss lo expresan así: *il faut partir de toutes... [categories] dont on peut savoir que les hommes se sont servis.* Sólo el método comparativo puede llevarnos al universo de la pertinencia teórica, al *locus* de las abstracciones del espíritu.

Si la comparación es estrictamente formal, si el esquema de asociaciones comunes patentiza los imaginativos *jeux* morales y espirituales de *l'esprit,* descubrimos algo fundamental y global, cuestiones existenciales, una arquitectónica que engloba modos de producción, de organización estructural y de vida diferentes que no sufren una explicación contextual sociológica. El nivel de interpretación es otro. Si, en tanto en cuanto etnográfica e históricamente sospechamos, las formulaciones binarias semantizadas son virtualmente universales, si los principios de clasificación alcanzan generalizaciones empíricas y si las representaciones colectivas objetivadas en polaridad conquistan la forma cultural en su generalidad, nos vemos forzados a buscar, además del sociológico, otros paradigmas hermenéuticos de fundamentación de la globalidad del fenómeno, de la dualidad derecha/izquierda en este caso. Como posibles candidatos iniciales tenemos, en primer lugar, «los factores prima-

---

California Press, 1981; *Symbolic Clasifications,* Santa Mónica, California, 1979; *Reconnaissances,* University of Toronto Press, 1980. Una orientación más unilateral es la de D. Sperber que he leído en traducción inglesa: *Explaining Culture. A Naturalistic Approach,* Blackwell, 1996.

rios de experiencia» –en frase de R. Needham–, esto es, el *input* de receptores sensoriales que proporcionan similares experiencias perceptuales y, en segundo lugar, la estructura de la mente considerada como un sistema de facultades cognitivas con propensión innata y constante a clasificar en esquemas simbólicos y ordenar por principios primarios la experiencia somática del mundo material y social. ¿Quiere decir esto que, escudados por este doble procedimiento, estamos en los preliminares de una elemental metafísica universal? El problema así planteado es irremediablemente complejo, hermético e irresoluble en la actualidad. Forman parte de él no sólo dimensiones simbólicas, de imaginación y pensamiento en sí mismas rebeldes a fácil interpretación, sino que, además, tienen que entrar forzosamente en acción disciplinas como la fisiología y la neurociencia, la lógica y las aportaciones de la cognitividad. Pero nótese, ninguna de ellas en solitario puede decir la última palabra; además, la insoslayable penetración de la cultura colorea a todas ellas. Dos breves apuntes van a substanciar la ubicuidad de esta última.

Primero: la experiencia como criterio básico universal. ¿Podemos atribuir tentativamente las discriminaciones semánticas, por el hecho de su distribución general, a ritmos corporales? ¿Están correlacionados de alguna manera inicial esos imaginativos complejos sintéticos a percepciones sensoriales? Dicho de una tercera manera: ¿tienen base material las similaridades de ideación e imaginación? Como no hay realmente derecha e izquierda aparentes en el cosmos podemos optar por buscar el origen de la bipartición lateral en nuestro propio cuerpo, base ciertamente panhumana e intuitiva. Si esto es así, tenemos al cuerpo como fundamento inicial de esta humana experiencia. El hombre es un animal bilateral, con anatomía predominantemente simétrica y manos enantiomorfas; esta constitución natural, constante y universal, esto es, la dualidad de flancos del cuerpo, parece que estimula e incita a la imaginación a realzar la lateralidad de las manos como receptáculo de atención y repositorio primario de experiencia [10]. El uso continuo de las manos durante millones de años si tenemos en cuenta a los primates, su dualidad, complementariedad y oposición parecen dirigir la selección de esos miembros como vehículos simbólicos. Las representaciones binarias colectivas, extendidas globalmente y sostenidas por prácticas concretas, vendrían ancladas en la bilateralidad del cuerpo humano, en el hecho de tener dos manos, una a un lado y otra a otro, en el necesario ejercicio de las mismas y en la información primaria que proporcionan. Si, una vez más, esto es así, tendríamos a factores fisiológicos como responsables primarios de la selección de izquierda/derecha como portadoras de una carga simbólica que puede incluir objetos, fenómenos, valores y hasta el mismo cosmo en su espacio semántico. En este caso, y expresado a nivel de creciente abstrac-

[10] Remito a la obra en conjunto de R. NEEDHAM ya citada.

ción, podríamos sospechar que estamos alcanzando formas generales de la humana experiencia y, consecuentemente, modos inicialmente naturales de pensamiento e imaginación. El hecho de que no se conozca,por el momento, una cultura que siempre, en todo caso, respecto y dimensión, haya concedido la preeminencia a la mano izquierda –o a la mujer– hace, al menos, pensar en esa dirección.

A toda esta argumentación, sin duda aceptable y quizá probable, hay que añadir otro coeficiente: la imaginación y tradición cultural activa siempre hasta en la percepción. Los esquemas perceptuales primarios pueden ser innatos, pero siempre, y a la vez, vienen culturalmente enriquecidos con bonos simbólicos. La capacidad cognitiva, más la lengua, más la cultura producen la oposición simbólico-formal izquierda/derecha. Si tenemos además en cuenta excepciones como las que encontramos, por ejemplo, entre los zuñis cuya clasificación es cuatripartita, o cierta preponderancia que el *Ying/Yang* concede a la feminidad y al lado izquierdo, si yuxtaponemos clasificaciones y lógicas alternativas y justipreciamos que el esquema derecha/izquierda puede ser predominante en un universo cultural y cubrir un sector mínimo de otro, nos veremos forzados a concluir que el ingrediente cultural es no sólo importante sino necesario en la constitución de la polaridad. La invitación somática y la lateralidad corporal derivan significado de algo que no son ellas, adquieren valores no de su ontología sino *ab extra;* las asociaciones de que se revisten, las homologías, inversiones y polaridades simbólicas que les dan nuevo ser son clara y sencillamente culturales. Pero tampoco es esto todo. Las constantes culturales, en su forma más general y abstracta, apuntan a, o quizá revelan algo más que factores primarios de experiencia; las oposiciones lógico-estructurales derecha/izquierda, hombre/mujer, luz/obscuridad, bueno/malo, etc., parecen reflejar principios generales de clasificación autónomos que sobrepasan, a un cierto nivel, tanto su fundamento fisiológico-experiencial como su ontología cultural. Necesitamos, por tanto, bucear por otras estructuras más radicales y profundas. Paso al punto segundo.

Más de una vez se ha subrayado que simples esquemas sémicos binarios que aglutinan a conjuntos de elementos, acciones, fenómenos, ideas, valores, creencias en expansión estelar englobante forman parte del misterio de las civilizaciones humanas. Todas son, en última instancia, experimentos culturales para clasificar, ordenar, dar significado y sentido a la vida humana, a la comunidad nativa, a la sociedad y al cosmos. Efectivamente: los humanos se ordenan, en todas culturas, a sí mismos y al medio socio-ecológico en el que viven en modos sorprendentemente similares, esto es, recurriendo a principios clasificatorios tan generales y comunes como izquierda/derecha, dentro/fuera, centro/periferia, etc., que nos hacen pensar en tendencias naturales profundas de la psique humana. ¿Viene construida ésta en términos de oposición binaria gramatical a lo Chomski? Investigaciones recientes

apuntan a que clasificaciones de colores, botánicas y zoológicas interculturales están fundamentadas en estructuras universales subyacentes; no hay duda, por otra parte, de que la amplia variación de contenido local es contingente y, desde luego, de que el simbolismo moral viene gratuita y generosamente añadido, pero tampoco de que los principios fundamentales estructurantes tienen base orgánica. Las clasificaciones locales *folk*, universales sin excepción cultural, son modos básicos conceptuales humanos que tienen un fundamento fisiológico innato. Más específicamente: los principios de categorización objetivados en lexias tales como dualidad, analogía, polaridad, división (en nuestro caso la lateralidad del cuerpo humano), etc., parecen ser propiedades estructurales del córtex cerebral, predisposiciones innatas del cerebro. Este modo básico conceptual panhumano podría estar a la base de una cierta experiencia humana común y dar, a su vez, razón de algo así como una unidad básica mental que, por otra parte, sugieren y también corroboran los *patterns* etnográficos binarios de extensión global comentados. Y a la inversa: la diversidad cultural aparente vendría así reducida a reglas simples de partición, división, centralidad, etc., derivadas de propiedades cognitivas intrínsecas humanas.

VI

Pero ¿qué tiene que ver esta selva de *caveats* con el álgebra de contrastes elementales con la que he comenzado esta exposición? ¿Con derecha e izquierda concretamente? ¿Afectan también a este esquema elemental binario las predisposiciones cerebrales hacia discriminaciones clasificatorias? En algún grado, difícil de determinar, la respuesta es afirmativa. Hay una asimetría funcional en nuestro cerebro que hace que el hemisferio izquierdo, que controla la mano derecha, esté más desarrollado en algunos aspectos que el derecho. La tendencia fisiológico-genética en favor de la derecha potencia la dexteridad cuya manifestación global cultural vendría explicada por la estructura neuronal del cerebro. Las diferentes capacidades de los hemisferios podrían actuar de puentes o plataformas de conexión entre vectores cerebrales y preponderancia material de la mano derecha [11]. Pero recuérdese que el problema nuclear no es su predominio activo sino su extraordinario coeficiente simbólico. No obstante, puesto que somos también animales laterales con una cierta tendencia orgánica hacia la derecha, podemos hipotetizar que la diferencia cerebral activa, o al menos favorece, la supervaloración jerárquica moral de la derecha. Factores fisiológico-cerebrales pueden ser, por tanto, responsables de la selección de ciertos vehículos materiales como derecha e izquierda para simbolizar todo un conjunto de hechos, experiencias, ideas y valores, lo que a su vez, y una vez más, explicaría el repertorio etnográfico que encontramos. La común o

[11] Nuevamente invito a la lectura de las obras de R. NEEDHAM citadas.

análoga simbolicidad apunta, al menos, a un modo común de formación y, por consiguiente, a un cierto grado de determinación [12].

Pero, como todo problema importante en Antropología, la ambigüedad cultural y la indecisión inferencial consecuente afloran con brío a la superficie del planteamiento fisiológico-experiencial y cerebral. Hay una dificultad lógica en primer lugar: la lógica formal se entiende como lógica y, una vez en operación, actúa partiendo del llamado *fundamentum divisionis* A -A (no A), creando relaciones constituyentes, miembros complementarios y mutuamente exclusivos. Y ésta es la que en principio aplicamos obedeciendo a nuestros cánones formales y constituyéndolos en vectores de nuestra cultura con los que menospreciamos la riqueza de la lógica cualitativa local y minusvaloramos las franjas intermedias, los espacios difusos, plurivalentes e inciertos en los que difícilmente podemos penetrar. Por otra parte, todo sistema clasificatorio descansa en un corto número de conceptos primitivos que se toman por obvios pero cuyo significado proviene de la interpretación, y como la atribución de significado es fundamentalmente cultural, estamos de nuevo en el universo antropológico. Y mientras la neurociencia no precise el peso específico del hemisferio izquierdo cerebral sobre la actividad de la mano derecha, volvemos a incidir en el espacio cultural pues por el momento no se sabe con absoluta certeza si la mano derecha, con su dinamismo, es el efecto o la causa –o las dos cosas a la vez, lo más probable– del mayor desarrollo de aquel hemisferio. Es más, aun admitiendo que hay una base anatómica real, ésta no explica la prominencia del simbolismo, categoría interpretativa propia de la Antropología.

En los últimos años de este siglo – nos aseguran los historiadores de la ciencia– se ha producido una explosión científico-cognitiva en genética, en química y en fisiología comparable, en cierto importante grado, a las revoluciones científicas asociadas a los nombres de Newton y Darwin. Estas nuevas orientaciones investigadoras hacen posible el escrutinio analítico de las bases neuroquímicas y biológicas de nuestra psique. La neurociencia es, desde luego, indispensable hoy para explicar procesos cognitivos, y la genética y la fisiología para entender y dar sentido a la bioquímica del cerebro. Un chimpancé tiene una comprensión lingüística similar a la de un niño de dos años; capta signos y símbolos, y tiene plasticidad cognitiva [13]. Todas estas disciplinas pueden arrojar luz sobre la existencia de principios mentales universales, sobre estructuras recurrentes y sobre conexiones valorativas como la establecida etnográficamente entre derecha e izquierda.

---

[12] He resumido a mi manera a R. NEEDHAM.

[13] D. LESTEL, «How Chimpanzees have domesticated humans», págs. 12 y sigs. de *Anthropology Today*, vol. 14, núm. 3, junio 1998.

Ahora bien, la constitución bioquímica del cerebro y las evaluaciones morales de la experiencia empírica no tienen presuposiciones básicas comunes, no comparten fundamentación sistémica; las representaciones colectivas en contraste vienen regidas por códigos culturales porque están constituidas *además* por intuiciones e intencionalidad, por valores lógico-formales y por misteriosas fuerzas vitales morales, con imaginación y por símbolos, mientras que, por el contrario, las disciplinas cognitivas y neurobiológicas, al pertenecer a otro orden de conocimiento, son incapaces de abordar la generación de significado. Todo muy sabido. La traducción semántica de lo invisible en signos y de lo inmaterial en términos concretos, la versión de la moralidad en símbolos y los modos de substanciar localmente el pensamiento abstracto no son meros reflejos o simples refracciones de la bioquímica del cerebro o de la fisiología del cuerpo humano sino seductoras reformulaciones mentales imaginativas. La narratividad, el hecho de comunicar a los demás las versiones locales binarias da un tono y peculiar estilo a lo que sucede alrededor, a la vez que construye verbalmente su mundo y su identidad. Y, lo que es más importante, estos relatos hacen de su contexto social un universo de principios éticos. Las ciencias cognitivas no dan razón de este énfasis simbólico-moral.

Pero ¿por qué simbolizamos? ¿A qué se debe la preeminencia cultural de la derecha? ¿Por qué ha sido dotada y le seguimos asignando valores positivos contrastantes? No hay respuesta única o definitiva por el momento; he apuntado un conjunto de razones verosímiles, con suficiente brío etnográfico, pero no concluyentes ni finales. No obstante, y para terminar, podemos visualizar los esquemas dicotómicos a que he hecho referencia como generalizaciones empíricas geográficamente significativas y también como grandes narrativas morales o zonas de reposo cultural que sugieren respuestas simbólico-alegóricas a los grandes problemas humanos. Los memes resultantes, es decir, esas fascinantes unidades de replicación cultural, representan un lado de la humana naturaleza en su intento de fugarse de la realidad de su propia contingencia; testimonian, o al menos parecen implicar, una tendencia natural imaginativa humana a idear analógicos principios de orden y a crear, bajo determinadas condiciones de existencia, universos simbólico-morales persistentes.